

AUTOR

Autor

ORLANDO CAMPOS REYES

Arquitecto paisajista, profesor de la Escuela de Arquitectura y urbanismo de la Universidad Nacional y miembro de la SAP (Sociedad Colombiana de arquitectos paisajistas).

Del paisaje a la ciudad

From Landscape to the City

Resumen:

El presente texto está compuesto por dos bloques temáticos, siendo el primero de ellos una disertación en torno al paisaje, a su definición y naturaleza tanto como a su relación con el medio ambiente. Una vez establecida la dimensión del paisaje más reciente y más completa, se abordan, en el segundo bloque, sus nexos específicos con la ciudad, tratando en este caso de trascender, la hasta ahora, habitual forma de tipificar las aplicaciones de paisaje en la urbe.

Palabras Claves: Paisaje, Ciudad, Medio Ambiente, Naturaleza.

Recibido: Febrero 21 / 03

Abstrac:

The present text is made up of two thematic blocks, being a first of them the dissertation around the landscape, to its definition and nature as much as to its relation with the environment. Once established the dimension of the most recent and more complete landscape, they are approached, in the second block, its specific nexuses with the city, treating in this case of extending, until now, habitual form to typify the applications of landscape in the city

Key Words: Landscape, city, environment, nature.

Aprobado: Mayo 27 / 03

Orlando Campos Reyes¹

Arquitecto paisajista

A pesar del reconocimiento del paisaje como un concepto más extenso, en su sentido holístico, todavía la relación entre paisajismo y urbanismo suscita incompatibilidades; su articulación no parece tener un camino fluido, casi siempre se les mira como conceptos que aunque no son del todo antagónicos si parecen aludir a condiciones de espacio diferenciables. Esta situación aún tiene sus asideros en la noción de paisaje acuñada en el siglo XIX y en la producción de ciudad edificada en el XX. Sin embargo, el cisma existente entre estas dos nociones, va camino a desaparecer, primero porque la dimensión del paisajismo ya no pudo seguir siendo confinada por aquella idea bucólica de la naturaleza como estética paradigmática, y segundo, porque las diversas apuestas de la ciudad moderna han dejado vacíos en aspectos que atañen a un concepto de paisaje más amplio.

En atención a esta circunstancia, el presente texto es una aproximación al paisaje desde una versión quizá más completa y por ello más vinculada con la mayor producción espacial de nuestros tiempos: la ciudad.

El paisaje como definición

El evidente crecimiento de la noción de paisaje en las últimas décadas del siglo XX, no es un hecho gratuito o de fugaz moda, es más bien, una cuestión que obedece a las necesidades y expectativas de unas sociedades cada vez más complejas, asentadas en unos territorios en continua transformación, y cuya relación pasa por un proceso de adaptación no siempre consecuente en su interdependencia. Este imperioso proceso en el que se cotejan lugares de habitabilidad y producción con aspiraciones humanas, ha producido diversos escenarios, fundamentados en idearios que las mismas sociedades construyen, que cambian y que se adaptan a las dinámicas de ellas, pero que en ocasiones resultan desfasados.

¹ Arquitecto paisajista, profesor de la Escuela de Arquitectura y urbanismo de la Universidad Nacional y miembro de la SAP (Sociedad Colombiana de arquitectos paisajistas).

Aunque en el fondo, casi todas las definiciones de paisaje coinciden, en su esencia, se aprecian algunas diferencias relacionadas con el área disciplinar que expone la acepción o ligadas a condiciones particulares de la cultura que las emite.

Los distintos estudiosos del tema acuden a dos estrategias para dimensionar el concepto de paisaje: en primer lugar, ir hasta a su origen etimológico para encontrar pistas que puedan clarificar este panorama; y en segundo, hacer una revisión histórica de los procesos a través de los cuales la humanidad ha idealizado y formalizado su territorio, haciendo la salvedad de que en dicha revisión interesa el modelo ontológico subyacente, los hechos que produjeron este modelo y sus implicaciones.

En la primera estrategia, paisaje proviene del vocablo *país* que en su raíz latina *pagus*,² significa tierra,³ allí se origina la actual noción de país como un trozo de territorio que comparte un grupo humano determinado, también de allí proviene la palabra paisano-paisanos con la que definimos aquel grupo de individuos que comparten un lugar (país), un lenguaje, una forma de comportamiento y una visión del mundo.⁴

Estas primeras definiciones empiezan a delimitar el tema de estudio, pero ellas en sí mismas aún distan mucho de aclarar el término paisaje en su versión completa. De todas formas, cabe mencionar la aceptación de un territorio, como hecho físico, y ahora como hecho virtual, como primera condición a la posterior existencia del paisaje.

La segunda condición vendría dada por la presencia de unos seres pensantes -los humanos- capaces no solo de habitar sino de transformar un territorio cargándolo de significados. Este hecho, sugiere una evolución constante cuya interpretación está mediada por los referentes culturales de cada sociedad. El paisaje de cada momento, ha ido emergiendo e incorporándose al conocimiento a través de un proceso gradual que primero lideraron la literatura y la pintura, y que luego vio incorporarse a la arquitectura y al cine. «Tomar distancia» respecto del territorio para devolverse en la mirada y entresacar su esencia, es la estrategia a seguir para construir una interpretación de él.⁵

Aunque parezca muy abrupto enunciarlo así, es casualmente esta interpretación del territorio, la que define con claridad, y por ahora, el concepto de paisaje.

Cuando se revisan los acontecimientos históricos que hicieron manifiesta la existencia del paisaje, se corrobora un proceso creciente por medio del cual la humanidad se apartó de la estricta relación materialista con su territorio para asumirlo desde una dimensión quizá más espiritual, consecuente con la compleja capacidad humana. Esta nueva forma de relación solo fue extensible a la sociedad cuando los artistas idearon maneras de formalización nacidas de cada momento y de cada cultura pero inventadas y recreadas para el disfrute social. Las diferentes artes, como ya se mencionó, propiciaron este proceso de emancipación y de culturización.

Para reconocer el rol mediador que juega el arte en el proceso de percepción, es necesario examinar, aunque sea muy brevemente, el nacimiento, o más bien la conciencia en la existencia de una noción de paisaje. El origen mismo del término paisaje, aporta elementos de juicio para ilustrar y dar a conocer la manera través de la cual un territorio objetivo es «transformado», por el arte, hasta producir un sistema de valores que se incorporan y que actúan como mecanismos de percepción que relativizan la valoración en un espacio.

La aparición del término *paisaje* es simultánea a la aparición de la pintura de paisajes como género artístico. En occidente, la pintura de paisajes se empieza a desarrollar a partir del siglo XIV en Italia y se consolida a lo largo de los siglos XVI y XVII. Respecto del término, en sí mismo, existe una duda sobre su verdadero origen y, aunque hay una versión generalizada y aceptada, todavía genera desacuerdos. Para la mayoría de investigadores del tema, la palabra se origina del vocablo holandés *lanschap*, el que hace alusión a una porción de país -territorio- representada en un cuadro. De allí la tomaría la lengua francesa -la lengua vulgar más desarrollada en aquella época-, la que aportaría el vocablo *paisaje* que posteriormente va a servir de modelo para las demás lenguas europeas. Es de aclarar que aunque este vocablo francés no es similar, en su composición alfabética, al holandés, si se adoptó como equivalente en su significado.⁶

El paisaje pictórico es la representación civilizada, domesticada e idealizada de un país (territorio)⁷, es por esto una versión no real, es una reelaboración en la que se ponen de manifiesto aquellos elementos del territorio que tienen relaciones de identidad y simbología con los individuos. Estas primeras representaciones de paisaje también son una ilustración de ámbitos rurales, -aunque sus versiones son hechas desde la ciudad-, es decir que hay, la ya mencionada «toma de distancia» con el territorio, condición necesaria para producir una interpretación del mismo y no una simple «reproducción» objetiva.

A partir del siglo XVI, la palabra *paisaje* aludirá indiscriminadamente tanto a los paisajes pintados como a los

² GIROT, F. Christophe. «Hacia una teoría general del paisaje». Rehacer paisajes. Col·legi d'arquitectes de Catalunya. 2000. Esta relación entre paisaje, país y tierra, también, ha sido planteada por muchos otros autores en Europa y Latinoamérica (ver por ejemplo a Naselli César en Argentina, Joan Nogué en España o Alain Roger en Francia; cuyas citas bibliográficas se consignaran con precisión más adelante).

³ ROGER, Alain. Breu tractat del paisatge. Edicions la Campana. Barcelona 1997. Pág. 20

⁴ NASELLI, Cesar. «El Diseño del Paisaje». Revista ESCALA No. 153. Santafé de Bogotá, Colombia. 1990.

⁵ GIROT, F. Christophe. Op. Cit. Págs. 30,31. Para ilustrar esta idea, Giroton menciona la relación utilitarista -y por eso cotidiana- que tienen los campesinos con el campo y que les impide ver la belleza que otros ven allí.

⁶ Ver ROGER, Alain. Op. Cit. Pág. 22; y NOGUÉ, Joan. Paisatge, escala i percepció. La creació d'identitats territorials. En revista Debats d'arquitectura i urbanisme, DAU. Pág. 29. No. 12. otoño del 2000. Demarcació de Lleida del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya.

⁷ NOGUÉ, Joan. Op. Cit. Pág. 29

paisajes reales⁸ y aunque el primero de los casos señala un ideal de configuración espacial, el desplazamiento del interés de la representación al modelo, solo se llevará a cabo con el desarrollo cultural y tecnológico de la sociedad.



Catedral de Salisbury, de John Constable. El paisaje pictórico, siglo XIX.

Quizá el trabajo más clarificador y también el más cercano en el tiempo, del paisaje como interpretación de un hecho físico y de la percepción como dependiente de un medio modelador y regulado por el arte, lo establezca el investigador francés, Alain Roger.

La teoría de Roger se sintetiza en lo que el mismo ha denominado el proceso de *artialización*. Según Roger, artialización es una forma de interpretar el territorio inducida por el arte, por esto es una mirada cultural.⁹ Esta última reflexión permite regresar al territorio físico para considerarlo como soporte del paisaje pero nunca como el paisaje mismo. Es necesaria esta aclaración por cuanto allí reside una de las primeras confusiones, pensar que el hecho físico ya de por sí es el paisaje; el paisaje no es la tierra, es una interpretación cultural de ella, sin el ser humano que hace esta interpretación, el paisaje no existe.¹⁰

El debate en torno al paisaje sigue estando en el centro de atención de aquellas disciplinas que atienden al espacio abierto y que ahora se ven avocadas a definir una posición respecto a dos aspectos que lo cuestionan: el primero se refiere a la insistencia de considerar el lugar¹¹ como elemento indispensable para la lectura y la proposición de paisaje; y el segundo, a la dificultad para clarificar las nociones de paisaje y medioambiente, dificultad que en principio esta muy relacionada con aquellos elementos provenientes de una condición biótica -antes natural- del territorio y con la confusión que ellos suscitan al momento de entenderlos como sustento y contenedor -a priori- del paisaje.

Paisaje y medio ambiente

La aproximación al paisaje mencionada hasta ahora, tiene sus matices, aún incluso si ella fuera producto de la disertación hecha por una misma disciplina -arquitectura, geografía, ... etc.-; pero sin duda, el mayor punto de fricción lo constituye su relación con el medio ambiente. La confusión de estos dos términos -paisaje y medio ambiente-, proviene de que, entre ambos formalizan el entorno, el que, por estas circunstancias es subjetivo y objetivo.

Habría que empezar admitiendo que cada colectivo de individuos tiene en el medio físico unas necesidades orgánicas que satisfacer, pero también unas necesidades emocionales; que ambas se encuentran en un mismo escenario: el entorno; que a pesar de que, de allí nace esta confusión, es justamente el entorno el objeto de actuación para el medio ambiente y el paisaje, y que solo de esta conciencia proviene el respeto y la claridad con la que uno y otro contribuirán a su desarrollo futuro.¹²

La necesidad de tratar y aclarar estos dos conceptos se ha hecho evidente en las últimas décadas, el trabajo de paisaje producido por los landartistas, primero, y luego por otros arquitectos y paisajistas, desveló las diferencias de ambos conceptos y la urgencia de iniciar un proceso de investigación-argumentación que determine sus límites, sus puntos de articulación y sus ámbitos de trabajo; mientras tanto, paisajistas y medioambientalistas conservan un ámbito confuso -y en permanente fricción- en sus perfiles ocupacionales y trasladan este estado hacia otros profesionales que observan «desde fuera» y que tienden a vincular a unos y a otros, y a su perfil laboral en un solo componente y, de cuyas deficiencias, además pueden «sacar partido».¹³

Desde Francia, y a través de Alain Roger, llegan por ahora las disertaciones más claras en torno a este tema. Roger afirma que el medio ambiente atiende al entorno desde una visión puramente científica, su preocupación y posterior actuación se fundamenta en la medida de los fenómenos

⁸ Ibid.

⁹ ROGER, Alain. Op. Cit. Págs. 13-34

¹⁰ Es en esta sintonía, en la que realmente han conciliado las distintas tendencias de paisaje. También por esta situación, el contexto de lugar y de tiempo debiera considerarse como fundamento del paisaje.

¹¹ La noción de lugar no puede entenderse aquí como un hecho físico y estático, es más bien una dimensión geográfica como la entiende GREGOTTI, Vittorio en «Architettura e Geografia», de la revista Casabella No. 421. Enero, 1977. El lugar es, entonces, una dimensión física, dinámica, histórica y cultural.

¹² Á pesar de su disertación en torno a este tema en la que Roger plantea el subordinamiento del concepto de paisaje al concepto de medio ambiente, él afirma la necesidad de articular estas dos nociones siempre y cuando previamente se disocian para aclararlas. ROGER; Alain. Op. Cit. Págs. 139,140

¹³ Como ejemplo, basta citar en los casos de contratación para trabajos de paisaje y medioambiente, la vinculación -y suplantación- de cualquiera de estos dos profesionales o de otro que simule estas aptitudes, siempre y cuando su remuneración se haga por debajo de los estándares reales a pagar al profesional realmente adecuado.

¹⁴ ROGER; Alain. Op. Cit. Págs. 139 y 143

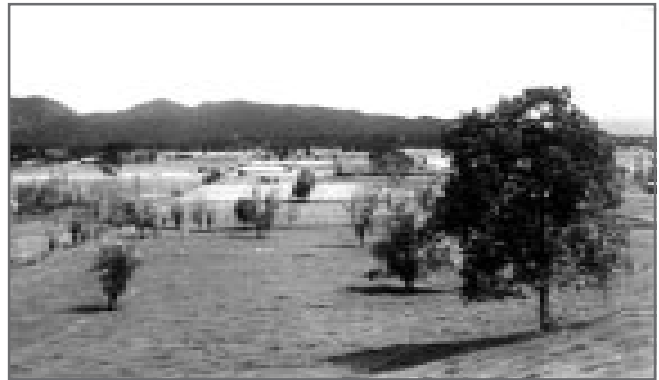
que afectan el estado físico del entorno, su existencia es independiente del pensamiento y por ello del ser humano; su comportamiento es homogéneo, uniforme e invariable ante condiciones de afectación idénticas, es parametrizable y por tanto objetivable, por el contrario el paisaje es una noción independiente del medio ambiente pero dependiente de la humanidad, su origen es artístico y como tal le compete un análisis estético, su comportamiento está unido al estado evolutivo de los seres humanos, a su pensamiento, a su subjetividad; sin el ser humano que lo percibe, lo crea y lo recrea el paisaje sería inexistente, toda historia del paisaje lo muestra con evidencia, el paisaje es una determinación socio cultural producto de una operación perceptiva.¹⁴

Consideraciones consubstanciales al paisaje

Diversos fenómenos afectan al paisaje y a los elementos que lo constituyen, fenómenos cuya existencia es necesario considerar en un proceso tanto evaluativo como propositivo del mismo. El primer hecho radica en su dinamismo, en su tónica cambiante para el territorio y para los individuos. El territorio constituye el lugar de los hechos, allí los individuos se socializan, construyen sus referencias culturales; por esto el territorio les afecta. Pero el proceso no se queda así, también los individuos apropian el lugar y lo transforman adaptándolo a sus valores objetivos y subjetivos.¹⁵ Esta condición cambiante y de mutua afectación entre territorio e individuos, se asume para escudriñar las circunstancias que la regulan y que podrían arrojar claridad en torno a una posible disfuncionalidad en uno, en otros, y quizá en el más lógico de los casos, en ambos. Este proceso mutable y dinámico del paisaje es observable a través de la historia, la correlación entre individuos, sociedad y territorio subyace como estructura fundamental en cualquier estudio paisajístico, en sus evaluaciones pero también en sus formulaciones.

Otra cualidad consubstancial al paisaje radica en su dimensión escalar, el paisaje es en esencia un concepto amplio en su argumentación y amplio en su noción espacial. El paisaje está en el entorno y el mismo sugiere una espacialidad de cobijo, a diferencia de lo que podría ser una espacialidad de límite.¹⁶ Es cobijo aquella espacialidad que protege, que dá cabida para que el ser humano pueda desplegar sus potencialidades y satisfacer sus necesidades; en esta circunstancia el paisaje alude a una escala que trasciende a la capacidad fisiológica del ver. En la posibilidad y la necesidad de desplazarse, para realizar sus labores, el ser humano vivencia una espacialidad cada vez más amplia. Esta gran magnitud territorial por la que se mueven los individuos, constituye un sinnúmero de experiencias que amplían el mundo perceptivo y por tanto las interpretaciones que de él se puedan emitir y, que solamente se explican a partir de un paisaje cuya escala realmente trasciende la noción física visible desde un lugar estático. Además, el avance tecnológico de las comunicaciones ha propiciado que la construcción de registros culturales en el individuo trascienda las reales experiencias que él tiene con un territorio, entonces el individuo también se ve afectado por paisajes que vive de manera diferida -el cine, la televisión, la informática, la fotografía,... etc., le posibilitan esta condición-. La noción de límite señalada, atendería a aquella área definida esencialmente por barreras impuestas al territorio por los seres humanos, barreras diversas que suponen un estado estático en donde la idea escalar desde luego es restringida, acotada por fachadas, por usos, por nombres, por vallas,... etc.

Para concluir se dirá que no se habla del paisaje de una determinada área de terreno o de una vivienda, a no ser por la traspolación del término a esta escala, entonces se reducirán igualmente todos los componentes de los mismos en referencia proporcional al área o a la vivienda misma.¹⁷ Si una magnitud espacial extensa, constituye una cualidad para la existencia del paisaje, ella variará en consonancia con cada individualidad, con cada grupo humano, con cada cultura.¹⁸



El territorio. Grado cero del paisaje

¹⁵ NASELLI, Cesar. Op. Cit.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Un concepto que puede ilustrar esta idea escalar en el paisaje, lo plantea Alain Roger cuando categoriza el jardín como un protopaisaje. ROGER, Alain. Op. Cit. Pág. 35.

Morfología del paisaje

Ante la manifiesta evidencia de su complejidad, una aproximación al paisaje, para investigarlo, sugiere un esfuerzo de enorme dificultad para encontrar el todo y sus partes. El primer camino a seguir estará vinculado al escenario físico, como soporte de una sociedad. Este escenario se define no solamente como el territorio geomorfológico sino también como la producción material que los individuos han implantado allí. Tanto el territorio como los elementos añadidos -ya sea por superposición o por transformación- constituyen las partes elementales del paisaje. La convergencia de los dos se expone como la morfología del paisaje, que en este caso es el todo, y que desde luego constituye el objeto a evaluar en una investigación global de paisaje.

Sin embargo, es difícil afirmar que todo trabajo de investigación sobre paisaje está condicionado por su morfología, toda vez que ella, por su misma complejidad, deberá acometerse a partir de un proceso de simplificación que posibilite su estudio. Entonces, es necesario acudir a los procesos de abstracción, como lógicas que reducen, haciendo comprensibles, aquellos problemas complejos. Por cuestiones de orden práctico pero también por cuestiones lógicas, la imagen constituye este proceso de abstracción y la herramienta básica para los diversos análisis del paisaje. Es práctico por cuanto la imagen ya es un hecho concreto y manipulable de la morfología del paisaje, y es lógico porque la imagen también es un proceso natural y protagónico, con el que los humanos percibimos y expresamos un paisaje.

Para los individuos, la percepción de un determinado paisaje, pasa por los más variados y complejos procesos que no son del todo entendidos por las disciplinas que abordan su teorización y su construcción. A pesar de ello, las escuelas fenomenológicas han aportado elementos de juicio que posibilitan su utilización al momento de acometer críticamente un paisaje.

Aunque disponemos de todos los sentidos para la percepción de los paisajes, todos ellos están subordinados al sentido de la vista, demostrada en primer lugar por el hecho de que ante todo somos una sociedad eminentemente visual. Los más grandes desarrollos tecnológicos han privilegiado el sentido de la vista sobre los otros sentidos, baste citar como ejemplo, el avance informático, los sistemas de comunicaciones, la producción de las artes,... etc.

Cuando revisamos el proceso por el cual la sociedad va construyendo su

territorio y posteriormente va haciendo conciencia sobre la existencia de su paisaje, las imágenes emergen como referencia constatable de estos hechos. Cuando la literatura empezó a construir la noción de paisaje, siempre la elaboró sobre la base de una rememoración imaginística; la pintura, que contribuye a cimentar el paisaje, es en esencia imagen, y la arquitectura, se ha valido del recurso de la imagen para producir formas y edificar paisajes pero también para hacer el proceso inverso, de las formas consignar sus imágenes.

Para resumir, la imagen constituye el instrumento fundamental que tiene la arquitectura, el urbanismo y el paisajismo, para leer un paisaje, pero también la herramienta primaria con la que propondrá un nuevo modelo paisajístico.

Las relaciones entre arquitectura, urbanismo y paisaje

Mucho se ha comentado en relación a este tema, comentarios que bien pueden mencionarse como divididos en dos apartados: de una parte aquellos que asumen el territorio como un hecho físico donde se dispondrá la arquitectura como tal, y de otro, la suposición de que la arquitectura con su presencia también va constituyendo su propio paisaje.

Para el primer caso, el debate se abrió hace mucho tiempo atrás y aún hoy constituye un punto de discordia insalvable -no obstante las reiteradas propuestas en este sentido-. El principal foco de discrepancia radica en la imposibilidad de

articular ambos conceptos y en la sumisión del territorio ante la arquitectura. La humanidad encontró en el territorio un lugar para su propia producción, lo transformó en consecuencia con a sus necesidades físicas o lo predispuso para erigir allí sus recintos habitacionales. Es probable que las civilizaciones más antiguas hayan asumido su evolución espacial como un todo integrado -baste citar como un solo y no único ejemplo, el caso de las culturas precolombinas- sin separación entre la arquitectura y el territorio. Esta separación entre la construcción del territorio y de la arquitectura se hizo mas patente con el correr de los tiempos hasta alcanzar su punto álgido con el movimiento moderno del siglo XX. La historia registra una ruptura no solamente física sino también conceptual en ambas nociones, se habla de una historia de la arquitectura por un lado y de otra historia de la evolución del territorio -siempre y cuando se asuma que realmente esta última existe-. La vuelta atrás en la visión



Ciudad Perdida. Territorio y Arquitectura como un todo armónico.

permite constatar que la historia de los hechos arquitectónicos casi siempre se miraron como hechos puntuales y que al territorio se le ha condenado a ser un mero lugar para la arquitectura, que cuando se le ha mencionado solo ha sido para referirlo como concepto aislado y constreñido al límite de los jardines -visión muy reducida del paisajismo-. En alguna forma, el urbanismo copa de manera parcial, este vacío, por cuanto asume una consideración espacial un poco más amplia e integral; aún así, quedan extensas áreas rurales transformadas por la voluntad humana en las que no se han investigado los procesos sociales y culturales que provocaron determinados paisajes o, que si se han hecho, ha sido sobre la base de su lógica económica pero muy poco sobre sus subyacentes referencias simbólica y cultural.

Una reconsideración conceptual, en este sentido, se ha puesto en marcha hacia finales del siglo XX, en parte porque el florecimiento de esta nueva conciencia de paisaje ha señalado su ausencia y en parte porque también la arquitectura y el urbanismo encuentran allí una fuente renovada de energía para su futuro.¹⁹

Por otros caminos, se desemboca en el mismo lugar y se entronca con el segundo caso: la idea de que la arquitectura también es paisaje. Diferentes autores -entre ellos algunos arquitectos- abordaron los grandes vacíos dejados por el movimiento moderno: la ausencia de una propuesta para el paisaje y la imposición de unos modelos ahistóricos e independientes de cada lugar.²⁰ Como reacción a estas orientaciones, la arquitectura, a través de sus teóricos, ha venido examinando y proponiendo nuevos senderos para construir el espacio contemporáneo.

En las décadas de los años sesenta y setenta se conjuga un primer momento de esta reacción, autores como Kevin Lynch, Robert Venturi, Colin Rowe, Amos Rapaport,... etc., sin hacer referencia explícita al paisaje, teorizan sobre la crisis del espacio colectivo, sobre su ausencia de valores y símbolos, y sobre sus posibles alternativas. Estos derrotos iniciales, lejos de alcanzar un final y perderse en el olvido, constituyeron el primer paso de un discurso que se ha continuado, que se ha enriquecido y que, incluso, se ha multiplicado en aras de equiparar la compleja demanda espacial de la contemporaneidad.

La clave de este discurso evaluativo y propositivo, la establece Vittorio Gregotti cuando discrepa del modelo tradicional con el que la arquitectura acomete un proyecto; según Gregotti, la arquitectura ha escindido las nociones de lugar y proyecto, lo que en parte, explica los fracasos de la temática urbana. En oposición a este modelo, Gregotti promueve una inversión en la que la arquitectura nazca de la experiencia con el lugar, de la historicidad de sus valores y de su imagen colectiva.²¹ Esta última posición, pugna por abrirse paso y colocarse hoy como una metodología idónea en la formalización de nuestros espacios, quizá se vea limitada por la inmensidad de la empresa a seguir, por la carencia de muchas herramientas del conocimiento para abordar un trabajo desde esta óptica, por

el individualismo de muchos profesionales que antes de verse embebidos en grupos de trabajo pluridisciplinares prescinden de esta tendencia en favor del culto a su egolatría.



Diagonal Mar en Barcelona, Arqs. E. Miralles y B. Tagliabue Un paisaje para ahora.

El paisaje hoy

El momento actual se caracteriza por una creciente actitud hacia el paisaje, por la diversidad de disciplinas, enfoques y escuelas que lo pretenden, por la variedad de proyectos que se construyen; ello complejiza la sistematización del mismo y su exposición, y aunque, en el transcurso de este ensayo ya se han adelantado algunas consideraciones, todavía es necesario completar el panorama haciendo énfasis a la situación presente.

Dos escuelas jalonan el espacio en que se desarrolla el paisaje de la actualidad: por un lado esta la escuela anglosajona que pretende explicar el paisaje desde la ciencia, utilizando métodos de trabajo deductivos que lo homogenizan y lo apartan de la especificidad cultural del sitio;²² por otro, la latina, que aboga por un paisaje que escudriña en el lugar para hacer aflorar su historia, sus valores colectivos, sus significaciones, que también promueve nuevos escenarios fundamentados en lo encontrado pero acomodados a un nuevo momento cultural con la esperanza de suscitar emociones, encuentros e identidades.

¹⁹ Un claro ejemplo lo constituyen estas nuevas publicaciones que ya no proponen el desarrollo de los jardines como equiparable con la evolución del paisaje sino que mencionan al entorno como un conjunto en el que la arquitectura -asumida como objeto o sumatoria de ellos- coadyuva en la definición de este paisaje. Ver por ejemplo: JELLICOE, Geoffrey y Susan. *El Paisaje del Hombre. La conformación del entorno desde la prehistoria hasta nuestros días*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona. 1998.

²⁰ Estas nociones están suficientemente tratadas en los diversos análisis a la arquitectura del movimiento moderno, por tal razón solo se recuerdan de manera que funcionen como punto de partida para el desarrollo de esta idea.

²¹ GREGOTTI, Vittorio. «Architettura e Geografia». En revista *Casabella* No. 421. Enero, 1977.

²² GIROT, F. Christophe. Op. Cit.

²³ Ver el caso de los trabajos realizados y las metodologías propuestas por Ian Mac Harg, algunos de los cuales fueron expuestos en su libro *Desing with Nature*.

²⁴ GIROT, Christophe. Op. Cit.

²⁵ GAUSA, Manuel. «Arquitectura es (ahora) geografía. (Otras naturalezas urbanas). En *Otras naturalezas urbanas. Arquitectura es (ahora) geografía*. Generalitat Valenciana. 2001.

²⁶ ESPAÑOL, Joaquim.

«Arquitectes en el paisatge». *Arquitectes en el paisatge*. Col·legi d'Arquitectes de Catalunya, Demarcació de Girona. 2000.

²⁷ Ver CULLEN, Gordon, *Townscape*. Architectural Press, London 1971. Versión castellana: *El paisaje urbano, Tratado de estética urbanística*. Editorial Blume. 1ª edición 1974. Barcelona, España. El trabajo de Cullen alude explícitamente al tema del paisaje urbano, a sus problemáticas estéticas y a sus posibles tratamientos.

El método anglosajón atiende a los mecanismos de la naturaleza que hacen paisaje, ha mantenido vigencia en las cuatro últimas décadas y ha estado particularmente atado tanto a los problemas territoriales de gran escala como a las áreas rurales o suburbanas;²³ con sus trabajos, Ian McHarg estableció el paradigma a este modelo.

La propuesta latina es más reciente, se limita a las dos últimas décadas y está más articulada a los problemas urbanos o a otros escenarios en donde las actividades humanas hacen muy evidente su impronta -en todo caso suponen escalas de actuación que en su mayoría son menores si se comparan con las utilizadas por el primer proceso mencionado-; la escenografía, las referencias simbólicas, la experimentación, la sutileza, el mundo virtual,... etc., son palabras consecuentes con esta forma de hacer paisaje.

Todo lo anterior no impide que en ambos casos aparezcan profesionales interesados en abordar trabajos sincronizados en la escuela opuesta, así, es destacable el trabajo de los norteamericanos Martha Schwartz, Peter Walker -por citar solo dos nombres desde el origen anglosajón- cuyo interés corre paralelo al trabajo de paisajistas como Alexander Chemetoff, Jacques Simon, Michel Corajoud, de Francia o de Enric Batlle, Enric Miralles, Elías Torres...etc., de España.

A manera de conclusión, el paisajismo que encuentra en el arte y en el conocimiento de los comportamientos naturales un medio importante para enriquecer sus apuestas, para indagar en el pasado como recurso que decanta identidades, no solamente es más joven sino que está en un proceso emergente y extensivo a una parte significativa del mundo.

El desafío urbano

La arquitectura, a través de la sumatoria de objetos, y el urbanismo, que intenta ordenarlos en escenarios más o menos coherentes, han construido formas transmisibles en imágenes que posibilitan estudios de paisaje sobre la revisión de los hechos pasados. Esta idea de la investigación en la formalización del paisaje urbano, en los procesos que mediaron su aparición, constituye no solo un ejercicio sobre los acontecimientos pasados, sino el primer desafío ante el que urbanismo y paisaje se articulan para explicar parcialmente algunos de los problemas que afectaron -y afectan- a la ciudad, y que por otras ópticas no ha sido posible explicar.

Pero también el desarrollo futuro de la ciudad guarda un reto para el paisajismo: atender - como en el pasado-, aquellos vacíos que el urbanismo tradicional no ha podido ocupar. Hoy, más que siempre, la ciudad se ha diversificado y sus demandas ya no se ciñen únicamente dentro de una visión sistemática y funcional sino que se amplían hacia una visión cultural y específica más vinculada al estilo y la calidad de vida de las personas.²⁴



El Land Art señaló nuevos caminos para el paisaje.

Temáticas y escalas territoriales tan distantes entre sí, y tan desatendidas por el urbanismo, son objeto del constante interés del paisaje: los intersticios y áreas abandonadas de la ciudad, los vacíos metropolitanos de la ciudad dispersa, las grandes infraestructuras viales,... etc. Por otra parte, no deja de ser inquietante, que el urbanismo parezca perder funciones que por su carácter parecían competencia exclusiva de él, quizá no se trate de imputar disciplinas a realizaciones espaciales impidiendo mixturas que en muchos casos no solo son deseables sino necesarias, más bien, se trata de reconsiderar posiciones y de articular metodologías para producir respuestas adecuadas a las nuevas demandas espaciales; el territorio que se ha planificado en función de la ciudad, ahora necesita una mirada nueva en la que las áreas suburbanas se despojen de su carácter residual y por el

contrario se constituyan en factores cohesionadores de los dispersos ámbitos urbanos metropolitanos.

Cuando recalamos en la idea de la gran extensión escalar como característica concomitante al paisaje y la articulamos a la noción de ciudad, encontramos un vasto campo de acción investigativa y proyectual. El espacio colectivo, que es algo más que el espacio público, y que quizá solo puede equipararse con el vacío urbano, determina una acción casi infinita de posibilidades. Con todo, la idea de *paisajear* la arquitectura o *arquitecturizar* la geografía -entendida la geografía no como naturaleza sino como noción conjunta de tierra y abstracción de la historia y de la memoria común, como lo plantea Manuel Gauza,²⁵ es casi el denominador común que subyace en todas las propuestas de paisaje actual.

Cabe señalar en esta parte final, que el *land art* ha ocupado, por su propio trabajo, un lugar privilegiado en el quehacer paisajístico contemporáneo, que sus propuestas han «abierto» los ojos a una nueva forma de entender y de hacer el paisaje, pero que quizá este sea apenas el primer paso de un trabajo más perdurable, porque como lo señala Joaquim Español a «nosotros los arquitectos no se nos es permitido ni saludable trabajar con elementos gratuitos como lo hacen los *land artists*.»²⁶

El paisaje urbano

En la mencionada incertidumbre disciplinar entre paisajismo y urbanismo, estudiosos y profesionales de uno y otro, se cruzan ámbitos de acción, aunque paradójicamente, ambos pretenden desconocerse. El paisaje urbano, semeja una categoría que proviene del urbanismo si se le piensa como objeto de estudio. Como objeto de diseño sin embargo no esta clara su pertinencia, poco se habla de diseñar el paisaje urbano y cuando se lo hace, aparece subyacente en otras intenciones de la arquitectura y el urbanismo.

Con el desarrollo industrial y el consecuente crecimiento y transformación de las ciudades, el paisaje urbano empezó a ganar atención. El movimiento moderno supuso un modelo espacial que impulsó la transformación del paisaje urbano sin que los alcances de este hecho se hubieran contemplado en sus implicaciones.

En América Latina se ha dado un proceso que en cierto modo es dramático, el atosigamiento producido por una simultaneidad de hechos, que en el caso europeo supusieron una evolución lenta y lineal, la industrialización -precaria en Colombia y en el resto de América Latina-, la ideología de la modernidad -particularmente la del movimiento moderno y, la debilidad económica y tecnológica, produjeron un paisaje urbano extenso en su magnitud y complejo en sus componentes -visuales, ambientales, funcionales,... etc.-, que aún está por estudiarse.

Como reacción a una configuración anómala de la ciudad del siglo XX -si se la compara con la disposición de ciudades que antaño privilegió la relación entre individuos y su espacio colectivo- surgen diversos autores que debaten la ciudad existente al momento y que proponen derroteros encaminados a redireccionar el paisaje urbano contemporáneo.²⁷



El paisaje de la ciudad, entre el diseño (en positivo) y el residuo (en negativo).

Como se ha mencionado en este ensayo, cada vez que en el pasado se aludió al paisaje, su connotación fue rural y casi siempre vinculada a la idea de la naturaleza conformadora de la imagen visual, esto no quiere decir que en el momento se haya cambiado radicalmente esta posición pero si que en cada instante se introduce un componente mayor de artificialidad proveniente de la acción que sobre el territorio ejercemos los humanos. El caso extremo de esta acción lo constituye el paisaje de la ciudad, allí todo el escenario es artificial, producto de las fuerzas humanas, de su pensamiento; lo natural son apenas unas presencias esporádicas o comportamientos puntuales.

En atención al crecimiento de las ciudades y, como consecuencia a su paisaje y a su condición urbana, aún es necesario ampliar algunos referentes que expliquen con claridad de que se esta tratando. El primero de ellos alude al lugar: ¿realmente donde podemos apreciar el paisaje urbano?, la respuesta obvia, pero que es preciso detenerse y analizar, es que el paisaje urbano está en el espacio libre de la ciudad. Allí surgen varios elementos de discusión, en primer lugar, asumir que aunque el espacio público juega un papel fundamental como escenario del paisaje urbano, y lo llena casi todo, el espacio libre parece trascenderlo e ir más allá, en razón a que muchos otros espacios no catalogados como públicos también hacen parte del paisaje de la ciudad, entonces, el concepto del vacío urbano cobra protagonismo para definir este lugar buscado.

El vacío como contenedor del paisaje urbano es un concepto que en la ciudad adquiere una naturaleza fluida, imbuida por la característica lineal que prima en la vialidad y movilidad urbanas, inversa a la idea de paisaje como extensión, como conjunto producto de su primigenia condición rural. La

arquitectura como concepto opuesto al vacío, es decir lleno, lo manifiesta y lo determina parcialmente con su piel. Es necesario hacer claridad que este tipo de visión, es en principio, dependiente de una valoración articulada a la forma general como se percibe la ciudad, es decir desde abajo, desde la óptica del peatón.

Para completar la idea de vacío de la ciudad como el lugar del paisaje urbano, es necesario clasificarlo, su existencia se debe a condiciones que no son iguales en todos los casos y a que su naturaleza tiene implicaciones diferentes en la percepción de los individuos y en la estética urbana. La revisión de este caso sugiere dos apartados:

- El vacío en Positivo: Aquel espacio de la ciudad que fue producido a partir de formulaciones de uso y de estética claramente especificadas.
- El vacío en Negativo: Surge como consecuencia de un proceso residual, no tiene por ello un proyecto de diseño que lo atienda, sus usos y estética están al margen de una formulación explícita, sin embargo constituyen parte del paisaje urbano de la ciudad, su imagen está presente para todos los individuos aunque su apropiación física sea limitada.

El caso del vacío en positivo es perfectamente articulable a la noción de espacio público que promueven los entes gubernamentales, así, los parques, las plazas, las alamedas, las calles... etc., serían el claro ejemplo de esta clasificación. El vacío en negativo, por el contrario, aseveraría la idea mencionada con anterioridad, ya que no todo vacío tiene un carácter público de apropiación. Todavía podrían sugerirse categorías intermedias a esta propuesta, es el caso de espacios vacíos que han sido formulados desde ópticas meramente funcionales pero cuya estética esta definitivamente condicionada por procesos de eficiencia y capacidad -es el caso de las grandes autopistas que desde mediados del siglo XX se impusieron a las ciudades a modo de emancipación del atasco vehicular-.

Como resultado de los planteamientos hechos hasta ahora, una investigación sobre paisaje urbano estaría enfocada a analizar, por una parte los componentes del vacío propiamente dicho, y por otra, a los elementos llenos -arquitectura- que lo determinan.

No cabe duda que por su presencia proporcional, el espacio público constituye el ingrediente fundamental del paisaje urbano de la ciudad, que las intervenciones en él, y consecuentemente en el paisaje urbano, atenúan las inequidades sociales de una sociedad y fomentan una imagen de ciudad competitiva en el nuevo ámbito mundial, así lo han entendido las administraciones europeas que en los últimos años han abordado sistemáticamente una mejora en la cualidad del mismo. Barcelona es un ejemplo pionero a este proceso, hace ya dos décadas que reprogramó sus estrategias urbanas incluyendo el concepto de la imagen como instrumento fundamental de su desarrollo. El programa

Barcelona posat guapa es un esfuerzo conjunto entre administración y ciudadanos, la restauración de las fachadas hace parte de un paquete que contribuye a cualificar el paisaje urbano de la ciudad.²⁸

El caso bogotano es parcialmente reflejo de esta tónica de recuperación del espacio público iniciada hace ya dos décadas en Europa. Sin embargo, el espacio público en Bogotá se ha atendido desde la mirada de su deficiencia en términos de cantidad y de sus usos, pero es prácticamente nula su apuesta desde la perspectiva de su paisaje urbano, su imagen actual es por tanto azarosa si se le mira desde la dimensión de sus potencialidades, de su contexto, de su historia y de su proyección a futuro.²⁹ No hay claridad respecto al paisaje urbano que se está configurando y de la relación de este paisaje hacia su interior, en sus afinidades simbólicas con sus ciudadanos, desde luego mucho menos en su proyección externa hacia el ámbito internacional, lo cual no quiere decir que de todas formas la ciudad sea considerada en el contexto internacional, como ejemplo de cualificación urbana, la que, estaría más atada a un proceso de valoración determinado por una mirada de origen global pero escasamente atenta de las insuficiencias locales.

BIBLIOGRAFÍA

- CULLEN, Gordon. *Townscape*. Architectural Press, London 1971. Versión castellana: *El paisaje urbano, Tratado de estética urbanística*. Editorial Blume. 1ª edición 1974. Barcelona, España.
- ESPAÑOL, Joaquim. «Arquitectes en el paisatge». *Arquitectes en el paisatge*. Col·legi d'Arquitectes de Catalunya, Demarcació de Girona. 2000.
- GAUSA, Manuel. «Arquitectura es (ahora) geografía. (Otras naturalezas urbanas). En *Otras «naturalezas» urbanas. Arquitectura es (ahora) geografía*. Generalitat Valenciana. 2001.
- GIROT, F. Christophe. «Hacia una teoría general del paisaje». *Rehacer paisajes*. Col·legi d'arquitectes de Catalunya. 2000.
- GREGOTTI, Vittorio, «*Architettura e Geografia*», de la revista *Casabella* No. 421. Enero, 1977.
- JELICOE, Geoffrey y Susan. *El Paisaje del Hombre. La conformación del entorno desde la prehistoria hasta nuestros días*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona. 1998.
- MAC HARG, Ian. *Desing with Nature*. Publicado por John Wiley & Sons, Inc. Nueva York. Versión castellana: *Proyectar con la Naturaleza*. Editorial Gustavo Gili, Barcelona 2000.
- NASELLI, Cesar. «El Diseño del Paisaje». *Revista ESCALA* No. 153. Santafé de Bogotá, Colombia. 1990.
- NOGUÉ, Joan. *Paisatge, escala i percepció. La creació d'identitats territorials*. En revista *Debats d'arquitectura i urbanisme, DAU*. Pág. 29. No. 12. otoño del 2000. Demarcació de Lleida del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya.
- ROGER, Alain. *Court traité du paysage*. Editions Gallimard, París, 1997. Versión en catalán : *Breu tractat del paisatge*. Edicions la Campana. Barcelona 1997.

²⁸ El paisaje urbano no es solamente una cuestión de atención interna, es decir pensada únicamente en su articulación con sus ciudadanos; el paisaje urbano también cumple una función productiva en su contexto externo. Lo que han demostrado las grandes ciudades -Nueva York, Barcelona, París,... etc.-, es que su paisaje urbano se constituye en instrumento de promoción y por tanto de economía.

²⁹ Quede claro, en todo caso, que este proceso de atención al espacio público, accidentalmente, ha significado un paso adelante para el paisaje urbano de Bogotá, pero que el mismo todavía adolece de una atención específica.